

LEWIS B. NAMIER Y LA “NAMIERIZACIÓN” DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA EN LA CEE/UE

CÉSAR ANTONA ANTÓN

DOCTORANDO EN HISTORIA CONTEMPORÁNEA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

ABSTRACT

L. B. Namier fue, y aun es hoy, uno de los intelectuales y referentes académicos más importantes en el mundo anglosajón. El hecho de que en el Diccionario de Oxford de la lengua inglesa se reconocieran entradas como “namierismo” y “namierizar”, nos da una muestra de la influencia y lo novedoso de su obra y de sus aportaciones a la historiografía. Pero lo cierto es que tan importante fue su obra para la historiografía anglosajona como desconocida es ésta en España. Por lo nuevo de sus aportaciones acerca de la historia de Inglaterra, de Europa y del nacionalismo, L. B. Namier se merecería también un reconocimiento en las universidades españolas. Efectivamente, si tomamos como ejemplo el desarrollo de la política española en el seno del Consejo europeo, el juego de alianzas de los que formaron parte de los gobiernos españoles de F. González y J. M^a Aznar, se puede mostrar como la afinidad personal, la amistad, los intereses privados y la psicología, también son elementos a tener en cuenta a la hora de analizar el por qué de las cosas, más incluso que las ideologías, tal y como L. B. Namier puso de manifiesto en su estudio del Parlamento británico en *The structure of politics at the accesión of George III*. Una obra tan importante, que aporta tantas novedades, que planteó una nueva explicación para toda la historia de Inglaterra durante el siglo XVIII.

PALABRAS CLAVES: Namier, Namierización, Gobierno español, CEE/UE, Juego de alianzas.

LEWIS B. NAMIER AND THE “NAMIERIZATION” OF THE SPANISH POLITIC IN THE EUROPEAN UNION

L. B. Namier was, and even he's today, one of the most important intellectual and relating academicians in the Anglo-Saxon world. The fact that in the Dictionary of Oxford of the English language income were recognized "namierism" or gives us a sample of the influence and the new of his work and of his contributions to the historiography. But the it's certain that his work was so important for the Anglo-Saxon as unknown in Spain. For his new contributions it brings over to the history of England, of Europe and of the nationalism, L. B. Namier would need also a recognition

at the Spanish universities. Really, if we take as an example the development of the Spanish policy in the European Council, the game of alliances of that the Spanish governments of F. Gonzalez and J. M^a Aznar formed, can appear as the personal affinity, the friendship, the private interests and the psychology, also they are elements to bearing in mind at the moment of analyzing why of the things, more even that the ideologies, as L. B. Namier George III revealed in his study of the British Parliament in *The structure of polytics at the accession of. George III*. Such an important work, which contributes so many innovations, which a new explanation raised for the whole history of England during the 18th century.

KEY WORDS: Namier, Namierization, Spanish goverment, EC/EU, set of alliances.

INTRODUCCIÓN

Imaginemos, nos encontramos en cualquiera de las facultades de historia de España y, por casualidad, se nos ocurre preguntar a los alumnos quién fue Ludwik Bernsztejn vel Niemirowski. ¿Qué porcentaje de alumnos serían capaces de decirnos algo sobre la vida, la obra y lo trascendente que fue ésta para la historiografía reciente de este historiador? Creo que muy pocos, porque la pregunta tiene un poco de trampa y la verdad, a este historiador se le conoce más por su nombre inglés. Por eso, si a continuación, a las mismas personas, si pudieran decirnos algo de Sir Lewis B. Namier¹ (1888-1960), creo que serían algunos más, aunque en la medida en que creo necesario², quienes serían capaces de decirnos algo acerca de la vida y de la obra de este historiador. Uno de los referentes intelectuales más importantes en el campo de la historiografía desde la década de los treinta del pasado siglo XX en el Reino Unido, en particular, y en el mundo anglosajón, en general.

Efectivamente, los dos nombres que he citado antes pertenecen a la misma persona. Ludwik Bernsztejn vel Niemirowski era el verdadero nombre, y ciertamente difícil de pronunciar, de Sir Lewis B. Namier. Uno de los historiadores más afamados y desconocidos de las universidades españolas. Una muestra de ello es que, a día de hoy, no se ha traducido ninguna de sus obras al español, pese a que algunas de ellas no sólo

¹ Para una biografía de Lewis Namier puede verse Namier, Julia. *Lewis Namier: a biography*. Oxford University Press, London, 1971; o Colley, Linda. *Lewis Namier*. Saint Martin's Press, New York, 1989.

² Como excepción véase Fusi, Juan Pablo. "Lewis Namier", en *Revista de Occidente* nº 152, enero 1994 y "Lewis Namier" en Fusi, Juan Pablo. *El malestar de la modernidad*. Colección Los Papeles de Ortega, Biblioteca Nueva, Madrid, 2004. El segundo artículo, aunque con algunas variaciones sensibles, era una reedición del primero.

fueron realmente interesantes, sino verdaderos hitos historiográficos, tal y como así lo destacó en su tiempo A.J.P. Taylor. Sin duda, la opinión de A.J.P. Taylor pudo estar mediatizada por el hecho de que fue su alumno, amigo suyo durante algún tiempo, y siempre su principal discípulo, pero es que Fritz Stern, en *Variedades de Historia*³ (1956), puso a Lewis Namier a la misma altura como historiador de personajes de la talla de Voltaire, Macaulay, Ranke, Droysen, Turner, Huizinga, Meinecke, Lord Acton, Fustel de Coulanges, Mommsen, entre otros. Tal fue la importancia de su obra en el mundo académico británico, tal y como también destacó Juan Pablo Fusi⁴, que el Diccionario de inglés de Oxford, que podría ser el equivalente al diccionario de la RAE en el mundo latino, en su edición de 1976, en un hecho extraordinario y sin precedentes, contempló los términos “namierizar”, “namieriano” y “namierización”, en los que se hacía referencia a una forma particular de hacer historia, refiriéndose a una forma particular de análisis de la realidad. Es decir, que estos conceptos definieron la descripción y explicación de la realidad a través de su análisis empírico y lejos de la aceptación de cualquier convencionalismo ideológico que pudiera deformarla. Fue así como Lewis B. Namier recibió el mayor reconocimiento a su labor como historiador, junto a su nombramiento como Honorary Fellow en Oxford, pero este primero un tiempo ya después de su muerte.

Realmente, la obra académica de Lewis Namier no tiene desperdicio. Por la variedad de temas sobre los que el autor nos ilumina, por las nuevas vías de investigación que inauguró, así como también por las novedades que aportó a la disciplina, algunas de las cuales hicieron que se tuviera que replantear por completo buena parte de la historia de Inglaterra, L. B. Namier se merece el puesto que aun detenta entre los referentes académicos más destacados en el mundo anglosajón.

Por estas razones hablaré en un primer punto algunos aspectos de la vida y de la obra de este autor, principalmente de aquellos aspectos que nos ayudarán a explicar el cómo y por qué de la primera, lo que nos haría aun más difícil comprender las razones por las que su obra no ha tenido ningún tipo de difusión en el mundo universitario español.

³ Fritz Stern, *Variedades de historia*,

⁴ Fusi, Juan Pablo. “Lewis Namier”, en *Revista de Occidente...op.cit.*

De otro lado, la forma de hacer historia de L.B. Namier nos puede ayudar a dar luz del por qué del juego de alianzas que en el seno de las instituciones de la CEE, primero, y de la UE, después, se desarrollaron durante el periodo 1986-2004 y con el ejecutivo español como principal protagonista. Un objeto de estudio en el que se puedan ver cómo las aportaciones de este autor en el campo de la investigación histórica, a la vez que también pueden sernos de utilidad para un mejor conocimiento del desarrollo de la política española en el seno de estas instituciones.

I. LEWIS B. NAMIER. SU VIDA, SU OBRA Y SU CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIOGRAFÍA

El verdadero nombre de Lewis B. Namier, efectivamente, denota su origen polaco. Nació, en el seno de una familia judía de clase media, en Wola Okrejska, en Galitzia oriental, a algo más de 200 km al sureste de Varsovia, muy cerca a la actual frontera de Ucrania⁵. Siendo todavía un joven estudiante su familia emigró, y él, tras un breve paso en la Universidad de Lausana (Suiza), donde, por primera vez, estudió las ideas, entre otros, de G. Pareto, un personaje que intelectualmente fue muy influyente para él, sobre todo en lo que se refería a su teoría de las élites. Más tarde, se instaló en el Reino Unido en 1906, donde, como otros afamados emigrantes de Europa del Este⁶, inició y concluyó sus estudios universitarios para luego desarrollar su actividad profesional.

En cuanto a sus estudios universitarios, nada más llegar a Londres, se matriculó en la London School of Economics and Political Science, donde, como en Suiza, también tuvo una estancia muy breve. Ésta universidad fue fundada apenas unos años antes por cuatro integrantes del movimiento fabianista británico, como fue el caso de Beatrice y Sydney Webb, George Wallas y G. B. Shaw, y desde el primer momento nuestro personaje siempre mostró su desencuentro intelectual con el marxismo social

⁵ El 28 de febrero de 2003, en el Umney Theatre del Robinson College de la Universidad de Cambridge, en un acto organizado por el recientemente creado Comité de estudios rusos y de Europa del Este de esta Universidad, el profesor Roman Szporluk, en su conferencia "The Making of Modern Ukraine: the European Dimension" el afirmaba que L.B. Namier era ucraniano. Nada más lejos de la realidad. Si es cierto que tras la I Guerra Mundial, como funcionario del Foreign Office, apoyó las demandas territoriales ucranianas con respecto a la Polonia nacida tras el conflicto, pero eso no significa que su origen no fuera polaco.

⁶ Como también fue el caso de B. Malinowski, E. J. Hobsbawm, E. Gellner o I. Berlin

que se promulgaba en las aulas de esta universidad. Durante ese breve periodo el Director de la LSE era Sir Halford Mackinder, un geógrafo interesado por la geología y la geopolítica que llegó a ser miembro del Parlamento británico (1908-1922) y Presidente de la Sociedad Geográfica de Inglaterra (1916-1946) y que se refería a su sí mismo como “geógrafo de la distribución”. Era un representante de una “nueva geografía” que, por sus ideas deterministas medioambiental, estaba centrada en relacionar la distribución de elementos con la existencia de determinados accidentes físicos. Desde ese momento, si uno hecha una ojeada a la biografía de Lewis Namier, se puede observar como muy pronto comenzó a mostrar algunas de las actitudes que le caracterizaron a lo largo de toda su vida, me refiero al rechazo de cualquier tipo de determinismo, que en el campo de las ideas, de la historia y de la política eran ideas que en ese momento estaban muy de moda.

No aguantó esta experiencia, se marchó de la LSE y se matriculó en el Balliol College⁷ de la Universidad de Oxford, para cursar estudios de Historia. Aquí fue donde se licenciaría pocos años después y que siempre tendría en su pensamiento profesional. Lewis Namier alcanzó el reconocimiento académico muy tarde en el tiempo. No sucedió hasta la fecha tardía de noviembre de 1931, cuando obtuvo una de las cátedras de Historia Moderna en la Universidad Victoria de Manchester, una Universidad que se consideraba, de hecho, una sucursal de Oxford, donde durante los años anteriores, desde que se licenció, al igual que Cambridge, le fue denegada en repetidas ocasiones una plaza de profesor. Su carácter arisco y distante, su snobismo y una personalidad que rozaba la pesadez, propio de la persona que creía que lo sabía todo, siempre fueron taras muy importantes en este sentido como para que fueran aceptadas sus repetidas candidaturas. Sólo algunos años más tarde, en 1948, cuando L. B. Namier estaba en uno de los momentos en el que por su trabajo como historiador era ya una de las plumas más prestigiosas, obtuvo el reconocimiento profesional en la Universidad de Oxford, al ser nombrado Honorary Fellow en Balliol.

⁷ Balliol fue uno de los College fundadores de la Universidad de Oxford en el siglo XIII. Una institución que se ha caracterizado a lo largo de su historia por ser uno de los más politizados dentro de esta Universidad.

Las obras más importantes de L.B. Namier se pueden agrupar en torno a tres temas principales, aunque más que verlas de forma independiente, no dejan de estar relacionadas entre sí. En un primer lugar podemos destacar sus estudios sobre el nacionalismo y su influencia en Europa central y oriental. En este punto se puede resaltar su ensayo *1848: The revolution of intellectuals* (1946), un magnífico ensayo sobre la situación política que se desarrollaba en Europa central y oriental en esa fecha, el desarrollo de las ideas nacionalistas prusianas en el Parlamento de Frankfurt y como afectaba eso a las relaciones políticas con la Rusia zarista y la minoría polaca. En un marco mucho más global estos objetos de estudio, sobre los que Lewis Namier mostró verdadero y apasionado interés, ya estaban presentes en los diversos trabajos que, entre 1917 y 1918, realizó como funcionario del Ministerio de Información y, entre 1918-1920, como funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores y especialista en Europa oriental, lo que le sirvió para ser uno de los miembros de la Delegación británica durante la Conferencia de paz de París. En estos trabajos también abordó el desarrollo de los nacionalismos eslovaco y checo, cuyo estudio de este último quedó recogido en un estudio monográfico en la región de Bohemia, pues Namier, en 1914, se había alistado como voluntario en el ejército británico al iniciarse I Guerra Mundial. En realidad, Lewis Namier pretendía que *1848: The revolution of intellectuals* (1946) fuera una obra que sirviera de antesala para un primer volumen de la monumental obra que sobre la historia de Europa en la edad contemporánea que Lewis Namier tenía en mente.

Enlazando con éste se puede destacar un segundo eje sobre el que se puede dividir su obra, como era el caso de las relaciones internacionales en la Europa contemporánea durante el periodo inmediatamente anterior a la II Guerra Mundial, con lo que el autor resalta las influenciadas por la política alemana sobre el continente europeo. Lo que queda patente en obras como *Facing East* (1947), *Diplomatic Prelude, 1938-1939* (1948), *Europa in Decay: a study in disintegration 1936-1940* (1950) o *In the Nazi Era* (1952). Un compendio de distintas obras en las que el autor resaltó el papel de la Alemania nazi como elemento desestructurador de la vida política europea y, por ello, principal causante del desastre posterior que fue la II Guerra Mundial y las consecuencias de este conflicto en Europa central. Fue precisamente en estas obras

donde el autor mostró otra de las claves para entender mejor su pensamiento, su declarado antigermanismo, pues como historiador veía a la sociedad y al Estado alemán como una construcción fundada y desarrollada según las ideas desarrolladas por el nacionalismo alemán, que por su componente etnicista, en su opinión, no podría derivar hacia otra cosa que no fuera el III Reich. Esta idea, englobada entre aquéllas que Namier consideró las más importantes del panorama político europeo durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, es uno de los ejes sobre los que el autor elaboró *Vanished supremacies: Essays on european history, 1812-1918* (1952), una obra más global en sus contenidos pero que en una extensión Lewis Namier condensó el estudio prosopográfico de algunos de los personajes políticos más importantes de la época y el desarrollo las relaciones internacionales en la Europa contemporánea durante ese periodo.

El tercer eje a destacar en la obra de L.B. Namier fueron sus trabajos sobre la historia inglesa durante el siglo XVIII, analizada a través del estudio del Parlamento y de la política inglesa hacia sus colonias en Norteamérica. Unos estudios tan importantes o más que los citados anteriormente y que marcaron un antes y un después, a la hora de su reconocimiento académico, en la vida profesional del autor. En este terreno merece la pena destacar *England in the age of the american revolution* (1930), una de sus obras más importantes, como también lo fue una colección de sus ensayos más destacados que fueron recopilados y editados ya tras la muerte del autor, en 1960, y que se publicaron con el título *Crossroads of power: essays of eighteenth-century in England* (1962). Pero tal vez, la obra más importante de Lewis Namier, quizá no tanto por lo novedoso de su método de estudio sino por lo novedoso de sus tesis, que no sólo rompían con algunas de las ideas que hasta entonces parecían incuestionables de la historiografía británica, sobre todo de la historiografía *whig*, sino que además planteaba de forma implícita una revisión académica de toda la historia inglesa, fue *The structure of politics at the accesión of George III* (1929). En esta obra, Lewis Namier, tras elaborar una investigación biográfica de muchos de los diferentes personajes que habían formado parte de la Cámara de los Comunes británica durante la segunda mitad del siglo XVIII, afirmaba que los intereses que movían a parlamentarios ingleses a ingresar en la Cámara de los Comunes eran menos ideales y más particulares de lo que

se había mantenido hasta entonces⁸. Una afirmación que resultaba historiográficamente demoledora, pues si estos parlamentarios, en ese momento, lo eran para defender sus intereses personales, era sobre estos intereses personales sobre los que giraba el desarrollo de la política británica en esta institución. Una idea que, además, se veía corroborada por el hecho de que Namier demostró la colaboración y cooperación existente entre parlamentarios de partidos diferentes, con lo que también desechaba la idea de que el parlamento británico desarrollara su actividad en base a una supuesta organización bipolar en torno a los partidos *whigs* y *tories*. De este modo se puso por primera vez en duda la idea de un Parlamento británico concebido como el resultado de esta rivalidad entre estos dos partidos bajo una monarquía parlamentaria, una idea que no había sido cuestionada, en ningún momento, desde que la argumentaran algunos de los más prestigiosos representantes de la historiografía *whig*, historiadores tan prestigiosos como Lord Macaulay, W.E.H. Lecky, G.O. Trevelyan o G.M. Trevelyan.

Lo cierto es que con estas afirmaciones, principalmente, Lewis Namier puso en duda la independencia de los ministros a la hora de desarrollar su cometido como tales, como también afirmó que la independencia de los parlamentarios británicos era cuanto menos dudosa a la hora de llevar a cabo una política racional y coherente con las ideas de los partidos a los que pertenecían, pues para él, su principal actividad como parlamentarios, incluso por encima del ideal de los partidos *torie* o *whig*, era, como ya se ha dicho, la defensa de sus intereses particulares. Esto suponía en ocasiones suponía que en la vida política británica no se diferenciaban los intereses del gobierno y de la oposición, como tampoco se diferenciaban los intereses que se defendían desde las más altas instituciones políticas del Estado y los intereses de algunos de los ciudadanos más influyentes del país, así como los la política de Estado no respondiera objetivamente a los intereses de la mayoría, ni fuera creada para la mayoría. Esto fue así porque, en su opinión, los parlamentarios británicos habían tejido unas redes de clientelismo y de intereses que eran más trascendentes en la política británica que las posibles generalizaciones, hasta entonces indiscutibles, como era el caso del análisis de

⁸ Namier, Lewis B. *The structure of politics at accession of George III*. Macmillan Press, London, 1957. p. XIV.

la disciplina de partidos o de la realización de una política objetiva en pos del interés general de los ciudadanos. Fue así, de este modo, como Lewis Namier no sólo puso en duda muchas de las generalizaciones bajo las que hasta ese momento se había descrito ese periodo histórico de la vida política del Reino Unido, sino que también, por sus conclusiones, obligaba a toda una profunda revisión conceptual de los periodos inmediatamente anteriores a éste, como era toda la historia política del siglo XVII y XVIII, y también, cómo no, del posterior siglo XIX. Bajo esta premisa se desarrollaron los trabajos de algunos de sus discípulos más destacados en la década de los sesenta, como Dorothy Marshall, J.S. Watson, J.B. Owen y I.R. Christie, donde los autores huían de algunos de los tópicos generalmente aceptados y sobre los que se habían centrado la historia en un periodo anterior.

En principio, el terremoto que causó esta obra tenía mucho que ver con el compromiso intelectual del autor con la verdad, y también se le podía considerar un acto de valentía, pues las tesis de la obra de Namier también fueron un ataque frontal a la interpretación que de este periodo de la historia británica había hecho Sir Charles Grant Robertson, antiguo profesor de Namier en Balliol, en *England under the Hanoverians* (1911). Esta era una de las obras, si no la obra, de referencia en ese tiempo para el estudio de este periodo, pues no en vano de ella se vendieron dieciséis ediciones hasta la aparición de *The structure of politics at the accesión of George III* (1929). Charles G. Robertson y Lewis Namier protagonizaron un debate académico tan intenso, con ecos en la prensa de la época, como extenso en el tiempo, que trascendió incluso a sus protagonistas y siguió presente en la vida académica británica tras la muerte de sus protagonistas principales, y es que las conclusiones de ambos autores eran muy diferentes acerca de la cuestión. Namier le acusaba de basar sus estudios en tópicos que habían sido aceptados pero que no se correspondían con la realidad, mientras que Robertson acusaba a Namier de exagerar sus conclusiones. Aun en la década de los años 50, otro prestigioso historiador, como fue el caso de Sir Herbert Butterfield, seguía acusando a Namier de romper con un tipo de análisis estructural que incluso alejaba el debate ideológico de la propia historia política del Reino Unido. Es decir, que en la obra de L.B. Namier, más que la historia de las ideas, era necesario el tener un

compromiso con la verdad para descifrar la historia de Inglaterra, en este caso. La realidad estaba muy por encima de las ideas para llegar a la verdad.

Este trabajo fue la obra decisiva en la carrera profesional de su autor. Un tiempo después, a Lewis Namier, como especialista en este periodo, se le encargó un estudio biográfico de los miembros del parlamento inglés durante el periodo 1754-1790, como parte de un proyecto más amplio por el que se pretendía la creación de un diccionario prosopográfico de los parlamentarios británicos durante sus respectivos periodos como miembros electos de la institución desde el siglo XVIII hasta 1918. Este proyecto fue concebido y dirigido, en un primer momento, por el historiador Josiah Wedgwood (1872-1942), antiguo Ministro en el gabinete de Ramsay Macdonald, a quien había conocido Lewis Namier cuando trabajó como especialista en Europa central en el Ministerio de Asuntos Exteriores durante la I Guerra Mundial y con quien desde entonces había fraguado una buena amistad. El Institute of Historical Research de la Universidad de Londres patrocinó el proyecto tras la publicación, por parte de Wedgwood, de los dos primeros volúmenes de este proyecto, editados en 1936 y 1938, que sirvieron como carta de presentación en el panorama historiográfico británico, y que a partir de las sucesivas entregas, desde 1940, se publicaron con el título *The History of Parliament Trust*, cuyos primeros volúmenes del periodo encargado a L. B. Namier, fueron publicados en 1964, una vez que Namier ya había fallecido. Fue su obra póstuma y el colofón a un legado intelectual de primera magnitud, cuya influencia aun hoy perdura.

II. LA “NAMIERIZACIÓN” DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA EN LA CEE/UE (1986-2004)

Huir de las generalizaciones tópicas e indemostrables, centrarse en lo concreto, como también resaltar el papel de las afinidades ideológicas como el factor principal o no en la política española en la CEE/UE, o fueron, los intereses nacionales, personales o europeos el factor más importante para comprender el porqué de algunas de las situaciones en el marco de la CEE/UE y la toma de decisiones del ejecutivo español con respecto a determinados temas se produjeron en el periodo comprendido entre la entrada de España en la CEE y la salida del gobierno de José M^a Aznar, en 2004. A partir de este análisis sabremos si se puede hablar, con sentido o no, de la “namieriza-

ción” de la política española en la CEE, o si por el contrario no se puede hablar de ella en estos términos.

No parece que la respuesta a esta cuestión pueda ser un asunto trivial. En mi opinión es mucho más importante de lo que parece, ya que, para España, Europa y la equiparación del país con sus vecinos de Europa occidental fue el principal referente intelectual, social y económico más importante a lo largo del último siglo de su historia. De hecho, desde el inicio del pasado siglo XX se tenía claro que si España era un problema, Europa era su solución, y salvo el paréntesis de la dictadura franquista, este ideal se ha mantenido a lo largo de los últimos tiempos. La transición española, de hecho, fue un éxito de primer orden y ejemplo para muchos otros países, y en ella, la integración en Europa fue uno de los factores más importantes para que este camino desde la dictadura a la democracia y al Estado de derecho se llevara a cabo con éxito. En este contexto, el papel de las afinidades personales entre dirigentes políticos, la defensa de los propios intereses por encima de las afinidades ideológicas en asuntos concretos, son factores que a día de hoy no se han tenido en cuenta o, al menos, no se han tenido en la medida en que lo merecieran.

Julio Crespo MacLennan afirmó recientemente, y no sin razón, que “el mayor aliado español en Europa”⁹ y en concreto en el seno de las instituciones comunitarias durante los años de gobierno del PSOE no era otro que la Alemania Federal. Era curioso ver la sintonía que siempre mantuvieron los ejecutivos español y alemán, encabezados respectivamente por el Felipe González (1982-1996), del PSOE, y Helmut Kohl (1982-1998), de la Unión Cristiano Demócrata (CDU), que incluso ya se dejó ver en el momento en que se inició la recta final de las negociaciones para que España se uniera a la Europa de los 10. A partir de ese momento, siempre hubo una buena sintonía en lo que a los asuntos comunitarios se refería. Ambos pertenecían a la nueva generación de jefes de gobierno de los países miembros que estaban interesados en relanzar el proyecto de integración europea. Desde el primer momento, por causas parecidas y/o diferentes, tuvieron una visión muy parecida del papel que ambos países tenían que desarrollar en la construcción europea. El gobierno de Alemania Federal quería salir

⁹ Crespo MacLennan, Julio. *España en Europa*. Marcial Pons, Madrid, 2004. p.254.

de la crisis económica a través del relanzamiento del proyecto que era Europa, mientras que el ejecutivo español pretendía "volver" a Europa para integrarse en los procesos de modernización que se habían llevado a cabo en Europa occidental en las décadas anteriores, así como garantizar su tránsito a la democracia y el Estado de derecho que había iniciado en los años anteriores.

Pero por productiva que fuera la relación política entre ambos estadistas, en lo que a los asuntos comunitarios se refiere, no dejaba de ser una relación entre un socialista y un demócrata cristiano, lo que podía parecer un poco extraño, en principio, ya que en el seno del Consejo europeo ambos podían tener mayores afinidades ideológicas sobre las que gestar una alianza de intereses con otros mandatarios. El propio Helmut Kohl podía tener mayores coincidencias ideológicas con el ejecutivo de la conservadora Margaret Thatcher, por su parte, González, por ejemplo, también las podía tener con el ejecutivo francés F. Mitterrand, también socialista.

Sin duda, esta posibilidad, ideológicamente era la que tenía más posibilidades, pero no fue así. La relación personal entre F. González y F. Mitterrand estaba ciertamente deteriorada, lo que sin duda era una consecuencia de las tensas relaciones bilaterales entre ambos gobiernos se desarrollaron en el momento en que ambos se encontraban al frente de sus respectivos ejecutivos con respecto a determinados asuntos. Algunos de estos problemas eran heredados de los ejecutivos anteriores, y eran problemas suficientemente importantes como para que la relación entre ambos ejecutivos no fuera buena.

El gobierno español veía la adhesión de España en la CEE como un paso ineludible para su normalización democrática. Además, suponía también el medio para su definitiva imbricación en los procesos de modernización que en Europa occidental se venían desarrollando y que era el principal modelo de referencia para el gobierno español. España debía adentrarse en este grupo, por lo que económicamente suponía para la vida de sus ciudadanos, pero también por lo que políticamente suponía. Por esta razón, la adhesión a la CEE fue el principal objetivo hacia el que se orientó la política exterior española durante la transición, aunque en su desarrollo, incluso ya con el gobierno socialista en el poder, tropezó en varias ocasiones con el veto francés a la adhesión española a la CEE.

Este veto se debió, en primer lugar, a que Francia veía en la entrada de España en la Europa de los 10 un problema para la organización financiera de la Comunidad. Por aquel entonces, la CEE estaba en medio de un proceso de transformación en el que no todos los socios comunitarios veían del mismo modo la forma en la que se debía llevar a cabo este cambio. Tras el fracaso de la moneda única y las crisis del petróleo, la CEE experimentó una huída hacia delante. Ante los problemas que afectaron a cada país miembro, como a la CEE, en particular, la receta fue “más Europa”. Altiero Spinelli presentó su proyecto de federación europea al Parlamento europeo en 1984, el Acta Única se aprobó y entró en vigor el 1 de enero de 1986. En segundo lugar, y, sobre todo, Francia también vio la adhesión de España como una amenaza directa a las subvenciones europeas de las que disfrutaba y que procedían de la CEE. La agricultura francesa, en el inicio de la década de los años ochenta, era la principal beneficiaria de la PAC, como también, su flota pesquera, también recibía cuantiosas subvenciones. Además, existió una tercera razón muy importante. Entre el final de la década de los años setenta y el inicio de la década de los años ochenta, coincidiendo con el inicio de la transición democrática, fue el periodo de mayor actividad de la banda terrorista ETA en España. Éste fue otro de los factores que hizo que la tensión entre ambos ejecutivos fuera en aumento, ya que los miembros de la banda terrorista ETA se refugiaban en Francia de la policía española, para, desde allí, desde su escondite, poder preparar sus futuros atentados en España. Todo ello, sin que las autoridades francesas colaboraran, en ese momento, para poner remedio en este asunto, lo que aumentaba la crispación de los ciudadanos, ya que éste era un problema de seguridad de primer orden.

Es cierto que pese a todos estos problemas, la relación entre los dos ejecutivos, en cuanto al proyecto de construcción de Europa se refiere, fue yendo a mejor con el paso del tiempo. En este sentido, el papel desempeñado por H. Kohl fue muy importante, a la hora de que se fueran limando asperezas. Los tres eran, por encima de muchas cosas, hombres de Estado. Kohl era un hombre de un marcado talante europeís-

ta¹⁰ y una idea de Europa que desde muy pronto le hizo conectar con Felipe González¹¹ en el Consejo, como también, por su carácter afable y dialogante, le sirvió para granjearse una magnífica relación con otro socialista, F. Mitterrand, con quien consiguió que el eje París-Bonn se convirtiera, aun en mayor medida de lo que lo había sido en los años anteriores, en el principal vector de desarrollo del proceso de integración europea. Además, más allá de cuestiones políticas, se convirtió en amigo personal de F. Mitterrand, como quedó demostrado en el aniversario de la batalla de Verdún, en la que, como símbolo de reconciliación entre ambos países, ambos permanecieron en el acto oficial agarrados de la mano, y en el funeral del ex-Presidente francés, el 11-01-1996.

Por tanto, la política exterior española durante la primera del gobierno socialista estuvo encaminada, principalmente, hacía dos objetivos:

1- Limar las diferencias con Francia y establecer unos lazos de cooperación desconocidas hasta ese momento.

2- Cultivar una buena relación con Alemania, la otra parte del motor de la construcción europea.

Respecto al primer punto, el gobierno español llevó a cabo grandes progresos. No sin esfuerzo, se consiguió superar el veto francés y España pasó a formar parte de la CEE, a partir del 1-1-1986. Lo que significó que se llegó a un acuerdo con respecto a la PAC y a las subvenciones a las que antes hice mención. También hubo sensibles avances en la lucha contra ETA. En el final de la década de los años ochenta, pero sobre todo en los años noventa, se intensificó la cooperación entre los cuerpos de seguridad del Estado de ambos países, lo que se tradujo en detenciones, obtención de información y fructíferos avances en la lucha contra la banda terrorista.

¹⁰ No en vano, a H. Kohl, tras ser sustituido por G. Schroeder como Canciller alemán, se le nombró Ciudadano de Honor de Europa. Un título que hasta ese momento sólo le había sido concedido a Jean Monnet.

¹¹ Felipe González, en su adolescencia, perteneció a las Juventudes Obreras Católicas, de inspiración democristiana, pero en la entrevista que mantuvo con Iñaki Gabilondo, 14- febrero- 2005, en la Cadena SER, resaltó que era mucho más determinante, a la hora de forjarse alianzas en el seno del Consejo europeo, el europeísmo que el ser de derechas o de izquierdas.

En lo que a las relaciones con Alemania Federal, la relación entre ambos ejecutivos, con F. González y H. Kohl al frente, fue estrecha y perdurable en el tiempo. Durante el Congreso Europeo de Copenhague (2 y 3-XII-1982) tanto H. Hohl como, también, M. Thatcher, se manifestaron partidarios de que se iniciaran las definitivas negociaciones de la CEE con España para que ésta se adhiriera a la organización. Este apoyo les generó no pocas discusiones con el gobierno francés, que veía como sus intereses se veían perjudicados. Sólo seis meses más tarde, durante el Consejo Europeo de Stuttgart (5 y 6- VII-1983), la propia Alemania Federal propuso que los dos candidatos a adherirse a la CEE, España y Portugal, se convirtieran en miembros a mediados de 1984. Fue a partir de este momento cuando la adhesión de los dos nuevos miembros se convirtió sólo en una cuestión de tiempo. Además de la complementariedad de las economías española-alemana, la afinidad entre los dos Jefes de gobierno de ambos países era más que latente. Ambos, veían en el futuro una Europa unida política y económicamente hablando, que era, por otra parte, la misma visión que tenía F. Mitterrand. Ya sólo quedaba la forma y los modos en que esta visión se haría realidad.

Otro hecho que demuestra lo importante que era la afinidad personal entre ambos dirigentes, y su trascendencia en la política de ambos ejecutivos, fue el giro del ejecutivo socialista con respecto a la permanencia de España en la OTAN. El PSOE en su campaña electoral de 1982 defendió la salida de España de esta organización militar, esgrimiendo diferentes razones de tipo pacifista, muy en consonancia con el discurso de los partidos de izquierda de europea occidental en ese momento. Pero una vez ya en el poder, y desde mucho antes de que se convocara el referéndum para decidir esta cuestión, este discurso pacifista no sólo desapareció del ideario del partido, sino que en pos de la normalización democrática del país y de la integración del mismo en las política europea, este discurso fue reemplazado por otro en el que la mayor integración de España en la OTAN sería beneficioso para los intereses del país. Así, el gobierno socialista de Felipe González no sólo apoyó la permanencia de España en la OTAN¹² en el referéndum que se llevó a cabo para dilucidar tal cuestión, sino que an-

¹² Una permanencia que implicaba sólo su participación en las instituciones civiles de la OTAN, tal y como había acordado en el Tratado de ingreso de España en Mayo de 1982 el gobierno de Calvo Sotelo. España en ese momento no formaría parte de la estructura militar de la OTAN, lo que sucedería ya en

tes de éste, apoyó al Canciller alemán, en el contexto de la guerra fría, en la decisión de desplegar los misiles nucleares Pershing II en el territorio alemán. Una decisión que fue ratificada por el Bundestag el 22-XI-1983. A partir de este apoyo, los consejos de H. Kohl tuvieron mucho que ver en este cambio de actitud frente a la OTAN. Fue el Canciller quien le hizo ver a González que, la pertenencia a la OTAN, estaba relacionada con la futura adhesión de España en la CEE y que el peso que España pudiera tener en la construcción europea sería mayor si pertenecía a la Alianza. De este modo, por los compromisos adquiridos, España no sólo fue un fiel aliado de los EEUU y de sus socios comunitarios en la futura I Guerra del Golfo (1990-1991), sino que participó de forma activa, desde 1989, en misiones de paz de la OSCE en Europa oriental, en misiones de paz de la ONU en los Balcanes, tras estallar la guerra en la antigua Yugoslavia en 1991, y llevó a cabo su adhesión a la UEO y al Cuerpo del Ejército Europeo (1994).

Para la buena sintonía de esta relación personal, también fue importante el hecho de que el Canciller Kohl siempre agradeció el apoyo sin reservas del gobierno español al proceso de unificación de Alemania tras la caída del muro de Berlín. En este proyecto, Kohl desempeñó un papel fundamental y se empeñó muy personalmente en que este proceso se llevara a cabo¹³. Así, fruto de su habilidad política, este hecho se pudo llevar a cabo sin que sus socios mostraran mucho recelo¹⁴.

En cierto modo, choca ese apoyo sin reservas del ejecutivo español. Económicamente, a corto plazo, la unificación alemana era perjudicial para los intereses de España en Bruselas. Con la unificación alemana, muchas de las ayudas y subvenciones comunitarias cambiaron de dirección para paliar los efectos económicos y financieros negativos de este proceso de unificación, pero, además, ya que estos dos países tenían un grado muy diferente de modernización y desarrollo, también significaba un foco muy grande de inestabilidad económica, financiera y monetaria cuyos efectos se dejarían sentir en todos los países miembros y más especialmente en uno como España, más débil en este campo que algunos de sus socios. Para paliar los efectos negativos de la unificación, H. Kohl puso en marcha una política económica basada en unos tipos

un periodo posterior, y se reservaría para sí la decisión de enviar tropas españolas en las misiones que la organización pudiera llevar a cabo.

¹³ Crespo MacLennan, Julio. *Forjadores de Europa*. Destino, Madrid, 2008. pp.311 y ss.

¹⁴ *Ibidem*.

de interés elevados, para poder controlar la inflación, junto a una política de fortalecimiento del marco para lograr atraer a inversores extranjeros. Esta política fue gestada y aplicada por su Ministro de Economía, Theo Waigel (CSU), lo que le granjeó no pocas animadversiones tanto en el interior del país como a nivel de la CEE. En ese momento, la CEE se encontraba inmersa en un proceso de grandes cambios que afectaban a la organización y a su política. Esta política de fortalecimiento del marco y de control de la inflación debía conjugarse con el proceso de unión monetaria que se había iniciado tras la firma del Tratado de la Unión Europea¹⁵, donde se establecieron una serie de criterios de convergencia para definir a los futuros miembros de la unión monetaria europea (UME), que especificaban un control del déficit público, un máximo de un 3% del PIB, y de la deuda pública, un máximo de un 60% del PIB, muy difíciles de cumplir por la Alemania unificada, pese al hecho de que seguía siendo la principal potencia económica de la ya, a partir de entonces, Unión Europea, por lo que también muy difíciles de cumplir por el resto de sus socios. El ejecutivo francés, por ejemplo, también invirtió mucho en este proyecto y el hecho de que pudiera no llevarse a cabo por la unificación alemana, un hecho que también revivió viejos fantasmas de guerra y destrucción.

España no sólo apoyó en los foros europeos el proceso de unificación alemana, sino que en estas mismas instituciones también apoyó al gobierno alemán cuando éste planteó la idea de ampliar los plazos previstos para que los socios comunitarios pudieran alcanzar estos criterios de convergencia establecidos en Maastricht para crear la unión monetaria. Lo cierto es que en esta difícil coyuntura para el ejecutivo alemán, el gobierno español, en deuda o no con él por su apoyo incondicional a su adhesión a la CEE, pasó por encima de sus propios intereses, en pos de un beneficio de su socio en la nueva UE. El Reino Unido y Francia, en principio, reaccionaron con frialdad al proceso de reunificación alemana. Una vez que H. Kohl fue capaz de demostrar que el futuro de la Alemania unida era una Alemania europeizada, sus socios estuvieron apoyaron a la nueva Alemania en este proceso.

¹⁵ Firmado el 7-II-1992 en Maastricht y entró en vigor el 1-XI-1993.

A partir del año 1995, se produjo una profunda remodelación en el seno de los diferentes gobiernos de los miembros de la Unión, lo que supuso también un cambio de personalidades en el seno del Consejo Europeo. En 1996, José M^a Aznar fue elegido presidente del gobierno en España, un año antes lo fue J. Chirac en Francia y uno después, en 1997, A. Blair fue nombrado Primer Ministro británico y, en 1998, G. Schroeder sustituyó a H. Kohl como Canciller. Un cambio en los distintos ejecutivos que transformó el panorama de alianzas en el seno del Consejo Europeo, que, en algunos casos, también parecían estar formadas a contrapelo ideológico.

Durante el desarrollo de los trabajos de la Conferencia Intergubernamental que preparó el nuevo Tratado de la Unión, aprobado en Ámsterdam, en junio de 1997, y adoptado por los países miembros a partir de octubre de ese mismo año, se produjeron los primeros y fructíferos contactos entre el presidente español José M^a Aznar, líder de un partido de centro-derecha, como era el caso del Partido Popular, y Anthony Blair, líder del Partido Laborista británico. Fue aquí donde comenzó a gestarse una amistad personal, que, a partir de ese momento, quedó demostrada por el hecho de que el presidente Aznar, a partir de ese momento, en muchas ocasiones se refirió a Blair como “mi amigo”.

En este punto hay que decir que, entre ambos líderes, por su experiencia política y por la forma de dirigir sus partidos, se podían advertir algunos paralelismos que podían tenerse en cuenta. En primer lugar, Blair había llegado a la dirección del partido como consecuencia del repentino fallecimiento del líder laborista Michael Smith, en mayo de 1994. A partir de ese momento, A. Blair se esforzó en que se le identificara con un nuevo laborismo, para lo que no tardó en poner en marcha un proyecto de reformas dentro del partido que no sólo afectaron a su marco institucional, sino que también a sus bases ideológicas, lo que le hizo alejarse de su antecesor y romper con el pasado. Así, en octubre de 1994, durante una conferencia de su partido y en un interés por mostrar los parámetros de “Tercera Vía” que debía caracterizar al nuevo laborismo, Blair defendió el abandono de las políticas nacionalizadoras, como forma de rechazar el excesivo intervencionismo del Estado en asuntos económicos. De este modo, sometió a revisión el concepto de Estado de Bienestar, a la vez que intentó suprimir los privilegios de los sindicatos en el seno del Partido Laborista. También, en polí-

tica exterior, por medio de una política pragmática, defendió la cooperación, dentro de un marco trasatlántico, con los EEUU, tanto o más a como lo había llevado a cabo los anteriores gobiernos del Partido Conservador. Además de apostar por la idea de la necesidad de recomponer las relaciones del gobierno británico con la UE. Estas nuevas líneas de actuación rompían con el tradicional discurso laborista, anclado en ciertas reminiscencias de ortodoxia socialista que Blair creía caducas y poco pragmáticas a la altura de la última década del siglo XX. Así, con la idea de romper con este pasado, Blair, apartó de los cargos dirigentes del partido a la facción "socialista" del mismo y decidió, en la Conferencia del Partido Laborista de abril de 1995, renunciar de forma oficial al compromiso de su partido de establecer una propiedad común de los medios de producción, pues cambió la cláusula nº 4 de los estatutos del Partido Laborista, donde se establecía este compromiso, y que estuvo vigente hasta esa fecha desde 1918. Esta cláusula estaba considerada como el último vestigio ideológico de la herencia socialista en el laborismo británico.

Como se puede observar, el programa de reformas iniciado por A. Blair era amplísimo. Rompió con muchos de los parámetros ideológicos del socialismo tradicional, lo que levantó no pocas ampollas dentro de su partido y en el resto de los diferentes partidos socialistas europeos, y para colmo, recibió grandes elogios de la ex-Primera Ministra M. Thatcher, lo que más que un halago, fue un problema a gestionar dentro de su partido. Con esto llovía sobre mojado, no sólo se separaba de la ortodoxia laborista, sino que daba por buenas las medidas económicas que implantó la dama de hierro. Pese a todo, A. Blair pareció obtener el respaldo implícito del socialismo europeo cuando, en 1996, Blair fue nombrado Vicepresidente de la Internacional Socialista. En realidad, Blair era un renovador y un innovador que quería aligerar la base sindical y marxista del partido para organizar un discurso político en el que se viera identificado un espectro social mucho más amplio y más acorde a los tiempos.

Una carrera parecida hasta la cumbre de su partido también llevó a cabo José M^a Aznar. Llegó a un partido que se encontraba a la deriva en casi todos los sentidos, y para cambiar su signo, puso en marcha un programa de reformas que, encaminado hacia posiciones ideológicas menos a la derecha que sus antecesores, también con el objeto de aglutinar dentro del partido un mayor número de elementos de centro, pu-

diera deshacerse la herencia de la más rancia derecha española y obtener un mayor respaldo social. Con la llegada de J. M^a Aznar se culminó una travesía por el desierto que había durado algunos años. Este proceso de cambios, se inició con la celebración del IX Congreso del Partido, el de la “refundación”¹⁶, tras ser nombrado por el Comité Ejecutivo Nacional¹⁷ como candidato del Partido Popular a las próximas elecciones generales, que tuvieron lugar el 29-X-1989. Fue a partir de ese momento cuando Aznar comenzó a dar forma a un partido en el que convergían elementos conservadores, democristianos y liberales, y lo hizo a través de una dirección presidencialista, como se puso de manifiesto en la renovación de los cargos del partido en el XI Congreso Nacional del Partido Popular¹⁸. En este Congreso, ya se puso de manifiesto la evolución ideológica del partido, que tenía como misión aglutinar a la derecha conservadora, liberales y elementos democristianos de centro. Se introdujeron en el programa electoral supuestos ideológicos de centro derecha, lo que significó el desarrollo de unas nuevas formas de hacer política, caracterizada por el pragmatismo en lo político y neoliberal en lo económico. Como se puede apreciar, lo paralelo de sus biografías políticas hasta ser la imagen del partido, el viraje al centro que cada uno llevó a cabo en la línea ideológica de su partido, así como una visión parecida de las relaciones transatlánticas, fueron elementos lo suficientemente importantes como para consolidar la afinidad personal que existió entre ambos siendo Jefes de gobierno.

La política española, desde Maastricht, en general, y, en particular, la desarrollada en las instituciones de la UE y en todo lo que se refería al proyecto de construcción europea, tenía como objetivo primordial la entrada de España en la moneda única. Para ello, el ejecutivo de Aznar emprendió una serie de medidas económicas de contención del gasto público, control del déficit y de la inflación, que unido al proceso privatizaciones de empresas públicas supuso que España estuviera dentro de los criterios de convergencia y, por ende, en disposición de entrar en el “club del euro”. Pero una vez que se había logrado este objetivo, el debate político sobre el proyecto de reforma de las instituciones de la Unión centró la atención de la política española. En

¹⁶ Celebrado en Madrid del 20-20-I-1989. En el que Manuel Fraga volvió a la dirección del, desde ese momento, Partido Popular, tras el fracaso de la experiencia renovadora de Hernández Mancha.

¹⁷ El nombramiento tuvo lugar 4-IX-1989.

¹⁸ Celebrado entre los días 5 y 6 de febrero de 1993.

este ámbito, José M^a Aznar y A. Blair formaron un frente común, pues ambos, en defensa de sus propios intereses nacionales, defendieron la construcción de una Europa muy parecida, con reminiscencias puntuales al discurso de carácter supranacional. Ambos creyeron que el verdadero poder de la Unión debía residir, como así fue hasta ese momento, en el Consejo Europeo, y se manifestaron en contra de que la Comisión asumiera un mayor número de competencias. Lo que chocaba directamente con lo expresado por el “núcleo duro” de la Unión, el eje Francia-Alemania. El principal eje de desarrollo que hasta ese momento había tenido la CEE/UE a lo largo de su historia, y que, en ese momento, estaba representado por sus dos jefes de Estado, J. Chirac y G. Schroeder, de quienes tanto Aznar y Blair recelaron desde un primer momento acerca de la Europa que pretendían construir.

Así, cuando L. Jospin, Primer Ministro francés, expresó la idea de que la Comisión Europea debía adquirir más competencias en materia de empleo, no se hicieron esperar la respuesta de ambos presidentes. El 10-IV-1999, en Chequers, Blair y Aznar realizaron una declaración conjunta en la que ambos abogaban por una reforma neoliberal del mercado de trabajo. También, consideraban que la política sobre empleo debía ser competencia exclusiva de los Estados miembros además de manifestar su idea de que las instituciones de la Unión debían tener muy claras sus competencias, más que adquirir nuevas, lo que era un rechazo explícito a la idea de Jospin. De este modo, se pudo constatar el hecho de que en ese momento, se puede decir que existía, en el seno de la UE, de una alternativa al eje París-Berlín como vector dinamizador del proceso de construcción europea. Un nuevo eje que con la llegada al poder de S. Berlusconi, en Italia, se convertiría en el tercer lado del triángulo.

Este nuevo eje alternativo llevó su colaboración y su buena sintonía al resto de foros internacionales. El 16-XI-1996, muy poco tiempo después de la llegada del Partido Popular al ejecutivo español y siendo Eduardo Serra Ministro de Defensa, el parlamento español aprobó una resolución por la que España iniciaba el proceso para su ingreso en la estructura militar de la OTAN. Un proceso que culminó el 1-I-1999, cuando España pasó a ser miembro de pleno derecho del Comité Militar de la Alianza. Así, el ejecutivo español cumplía con otra de las líneas directrices de la política exterior del PP, que hizo del entendimiento cordial con los EEUU uno de sus principales

objetivos. De hecho, J. M^a Aznar nunca quiso ni pretendió ocultar la necesidad que tenía España de tener una relación cordial con los EEUU y, particularmente, en el seno de la OTAN. Fue aquí, donde tanto Aznar como Blair manifestaron su acuerdo con respecto a la idea de que la defensa europea debía estar capitalizada en todo momento por la organización atlántica, más allá de que ésta desarrollara un pilar europeo dentro de la organización en la que la UE pudiera organizar un cuerpo militar autónomo europeo que pudiera intervenir de forma rápida y precisa en las crisis que pudieran producirse en el espacio europeo. Tal y como así se puso de manifiesto en el Consejo Europeo de Helsinki¹⁹, en donde se pudo constatar el interés de los países miembros en que se formase un ejército europeo, tras la experiencia de las crisis balcánicas. Un debate que ya se inició en el Consejo anterior, el celebrado en Colonia²⁰. Una década de guerras en los Balcanes, la crisis de Albania, el proceso de desestabilización que se generó no sólo en Europa central y oriental, sino en el mundo, tras el fin del mundo bipolar y la guerra fría, hizo que en la UE se revivieran fantasmas del pasado, a la vez que se vio la necesidad de que Europa desarrollara un papel más activo en las relaciones internacionales del que hasta ese momento lo había llevado. Con respecto a este punto, como en general, tanto Blair como Aznar eran partidarios de que fuera el Consejo de la UE la institución que se convirtiera en el principal activo en el campo legislativo y en la toma de decisiones.

III. CONCLUSIÓN

L. B. Namier fue uno de los intelectuales europeos más importantes de su tiempo. Aun hoy sigue siendo un referente intelectual de primer orden en el mundo anglosajón, pero en España, en particular, y en el mundo latino en general es un perfecto desconocido. Por el conjunto de su obra y lo novedosas que fueron sus aportaciones a la historiografía, ya fueran sobre la historia de Inglaterra, Europa o el nacionalismo, debería de ser también un referente académico en cualquier parte del mundo, ya fuera como creador de escuela o por oposición a sus ideas, y sin embargo, en España, es un

¹⁹ Consejo Europeo de Helsinki, diciembre de 1999.

²⁰ Consejo Europeo de Colonia, junio de 1999.

auténtico desconocido, mientras que, en Inglaterra, su magisterio intelectual trascendió más allá de su vida y aun hoy perdura.

Este es uno, a mí entender, de los déficits presentes en la enseñanza de la disciplina hoy en día en las universidades españolas. El desconocimiento de una parte de la historiografía anglosajona es un problema al que tendría que ponerse solución. Es cierto que hay gente muy interesado en ello, entre los que yo me incluyo, pero en el caso de L.B. Namien, en particular, el fracaso es rotundo. Su obra, por temática, aun hoy se encuentra vigente. L. B. Namier murió hace casi cincuenta años y para la historiografía española éste parece ser un tren al que no se han subido las universidades españolas.

El reconocimiento más importante que L.B. Namier recibió como historiador y como intelectual, ya después de su muerte, fue el hecho de que en el Diccionario de Oxford de la Lengua se recogieran entradas como “namierizar” o “namierismo”, refiriéndose a una forma de definir el desarrollo de las relaciones entre individuos, en la que huyendo de generalizaciones y de ideologías, se desarrollaran a partir de la conjunción de los intereses personales, experiencias concretas y afinidad personal, principalmente en el mundo de la política. Por eso, creo que es necesario el destacar que la importancia de su obra y la importancia de que estos conceptos sean reconocidos en el ámbito de las ciencias sociales, en general, y en el terreno de la historia, en particular.

Más que relacionado con un método de investigación, las aportaciones de L.B. Namier en este terreno están relacionadas con el compromiso con la verdad y con la honestidad del trabajo de historiador. Una ética que Namier siempre tuvo en mente y llevó muy a gala durante toda su trayectoria profesional. Todo ello le llevó a ser uno de los máximos representantes del empirismo analítico, que no era sino una forma de mostrar el realismo político en sus investigaciones. Esto le hizo tener en cuenta, y esto si que fue una aportación clara de su pensamiento, factores psicológicos²¹, que para él eran tan importantes como el resto. Era un firme creyente de que la psicología, de ma-

²¹ Lewis B. Namier fue uno de los mayores admiradores y seguidores de los estudios de S. Freud. En este sentido puede verse Berlin, Isaiah. “Lewis Namier”, en Gilbert, Martin (ed). *A century of conflict 1850-1950. Essays for A. J. P. Taylor*. Hamilton, London, 1966; también en Berlin, Isaiah. *Impresiones personales*. Fondo de cultura económica, México, 1992, p.146 y ss.

sas o de los individuos, era uno de los motores más importantes de la historia y a lo largo de su obra se preocupó por mostrarlo y tenerlo en cuenta.

Esta afirmación hasta ese momento no se habían tenido mucho en cuenta y que Namier intentó ratificar en sus estudios, en general, de historia política. Por ello, se puede afirmar que este es un elemento también a tener en cuenta cuando se lleva a cabo un estudio de este tipo, y en esto tiene L. B. Namier mucho que ver.

La vigencia de las ideas de Namier, su compromiso con la verdad, la psicología como uno de los motores de la historia, el peso de los propios intereses por encima de las ideologías, y en el caso particular del desarrollo de la política española en el seno de las instituciones de la CEE/UE, aun hoy son elementos a tener en cuenta a la hora de llevar a cabo cualquier estudio. En este ejemplo, parece claro que los intereses nacionales, la sintonía personal, la afinidad y la amistad, han sido factores a tener en cuenta para poder explicar la realidad durante un periodo de tiempo bastante importante en el tiempo. En un proyecto político de carácter supranacional como fue el caso de la CEE, primero, y, desde 1993, de la UE, se debatieron en sus instituciones multitud de medidas, leyes, problemas y se han puesto en marcha una gran cantidad de políticas referidas a muchos ámbitos. Por el reglamento de las instituciones, por su forma de desarrollo político, en el que el consenso entre los socios no sólo era muy importante, sino decisivo, a la hora de que se pusieran en marcha políticas propias y no se produjera un parón de las instituciones.

El papel de la CEE/UE en las políticas nacionales, el papel de la institución en el mundo, el cómo desarrollar su papel en los foros internacionales y lograr los objetivos fijados, que siempre fueron muy concretos y planteados siempre a largo plazo, supuso que a lo largo de la historia de la CEE/UE se crearan, ideológicamente hablando, “extraños aliados políticos”, en el seno del Consejo. En lo que se refiere a la política española este hecho se ha mostrado claramente. En la década de los ochenta y de los primeros años noventa la alianza política que formaron H. Kohl y Felipe González, en el marco de las instituciones de la comunidad, era una alianza entre un democristiano y un socialista. Ambos tuvieron siempre buena sintonía, y a lo largo de los años gestaron una amistad personal. Su parecida idea de Europa, de la que debía ser en el futuro,

ayudó a granjear esta amistad y a mantener esta colaboración en el seno de las instituciones comunitarias y en los distintos foros internacionales, la OTAN, sobre todo.

Si en el caso de Kohl y González la amistad entre ambos se vio fortalecida por el declarado europeísmo de ambos personajes, algo parecido, pero en lo referido a su euroescepticismo, sucedió con A. Blair y José M^a Aznar. Durante años, su amistad fue la base sobre la que se selló esta alianza política en el seno de las instituciones europeas. El hecho de que ambos fueran dos reformistas dentro de sus partidos tras alcanzar el liderazgo, sus parecidos posicionamientos con respecto a que las instituciones de la UE acapararan más competencias, en detrimento de los países miembros, junto a la defensa de los intereses propios, no sólo hizo que se mantuvieran unidos en algunos de los debates políticos en el seno del Consejo, sino que también trazaran el diseño de una alternativa al tradicional eje formado por Francia-Alemania como motor de la política de la UE.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Berlin, Isaiah. “Lewis Namier”, en Gilbert, Martin (ed). *A century of conflict 1850-1950 . Essays for A. J. P. Taylor*. Hamilton, London, 1966.
- Berlin, Isaiah. *Impresiones personales*. Fondo de cultura económica, México, 1992.
- Colley, Linda. *Lewis Namier*. Saint Martin’s Press, New Cork, 1989.
- Crespo MacLennan, Julio. *España en Europa*. Marcial Pons, Madrid, 2004.
- Fusi, Juan Pablo. *El malestar de la modernidad*. Colección Los Papeles de Ortega, Biblioteca Nueva, Madrid, 2004.
- Fusi, Juan Pablo. “Lewis Namier”, en *Revista de Occidente* nº 152, enero 1994.
- Namier, Lewis B. *The structure of politics at accession of George III*. Macmillan Press, London, 1957.
- Namier, Julia. *Lewis Namier: a biography*. Oxford University Press, London , 1971.